

Ramos López

22

GRANDEZA
DEL
PODER ESPIRITUAL
DE
LOS PAPAS



GRANADA
IMPRESA DE INDALECIO VENTURA

1888

122069690

R. 19348

GRANDEZA
DEL
PODER ESPIRITUAL DE LOS PAPAS

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE VELADA LITERARIA QUE CELEBRÓ, EN EL SALÓN
DE SESIONES DEL LICEO DE GRANADA, EL

CÍRCULO DE LA GRATORIA

LA NOCHE DEL 31 DE DICIEMBRE DE 1887, EN HONOR DE LAS

BODAS DE ORO DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

POR EL

Dr. D. José de Ramos López

PRELADO DOMÉSTICO DE S. S.

Y ABAD DE LA INSIGNE IGLESIA MAGISTRAL

DEL SACROMONTE



GRANADA

IMPRESA DE INDALECIO VENTURA

1888



Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
Caja	C
Estante	19
Número	55(22)

La idea cristiana es el porvenir
del mundo.

Chateaubriand.

I

¿QUÉ ciudad es ésa á donde afluyen hace siglos los soberanos de Europa, donde han inclinado su espada los más valientes capitanes, y los talentos más distinguidos la han visitado en persona ó han enviado á ella sus musas? Es Roma, la capital del Orbe Católico, que evoca los recuerdos de diecinueve centurias; la más perseguida y siempre triunfante; la que guarda todas las revelaciones, así religiosas como históricas; la que mantiene levantado el faro de la esperanza.

Fijad los ojos de vuestro espíritu en el Vaticano: y sobre la tumba de San Pedro se levanta la noble figura de San Calixto I (siglo III), que de orden del emperador Eliogábalo fué azotado y arrojado en un pozo, dando su vida por la fe, después de haber mandado construir el gran cementerio en el camino de Ardea, donde fueron depositados los cuerpos de ciento setenta y cuatro mil mártires y de cuarenta y seis Pontífices ilustres.

Viene á continuación San León el Grande, llamado así por su raro y eminente saber (siglo V), que salvó dos veces á Roma de caer en poder de los bárbaros invasores del Occidente, y que con sus elocuentes sermones y cartas apostólicas se granjeó el respeto de las potestades seculares y la admiración de toda la Iglesia.

Sigue en esta famosa galería el imponente retrato de San Gregorio VII (siglo XI), que desplegó gran celo contra la simonía y la incontinencia del clero, llegadas á lo sumo en Francia, Alemania é Italia; que echó las bases del derecho público internacional y resolvió extirpar los abusos defendidos por Enrique IV de Alemania, Emperador electo, pero no coronado, el cual pretendía dar la investidura á los obispos, entregándoles el anillo y el báculo, dándose principio á la funesta lucha, que duró más de cuarenta años, entre el Sacerdocio y el Imperio.

Viene después el ilustre Inocencio III (siglos XII y XIII), que por su distinguido carácter y sabiduría, se elevó sobre todos los grandes hombres de su época, que aprobó los estatutos de la orden de San Francisco de Asís, convirtió al Catolicismo á la Armenia, excomulgó á Raimundo VI, conde de Tolosa, protector de los albigenses, y en cuyo pontificado tuvo lugar la importante victoria de las Navas de Tolosa.

En 1513 se ostenta entre resplandores de gloria Juan de Médicis (el Papa León X), que siendo legado en Romanía dirigió la batalla de Rávena, coronó emperador á Carlos V de Alemania y I de España, condenó á Martín Lutero y los errores que había propalado, ocupó en el Vaticano á los grandes artistas Miguel Ángel y Rafael Urbino, fomentó las ciencias y las bellas artes, y reconstruyó y embelleció muchos edificios.

Sucédele, algunos años después, el memorable Paulo V (siglo XVII), que promovió ardorosamente la propagación de la fe, de la piedad cristiana y del bien temporal en todos los Estados; fomentó asimismo el estudio de las lenguas sabias, envió misioneros á varios países de Oriente y recibió embajadores de los reyes del Congo, Japón y Persia; engrandeció y hermosó la Basílica de San Pedro y de Santa María la Mayor, el Palacio y la Biblioteca del Vaticano, el del Quirinal y otros edificios de Roma; abrió caminos, construyó puentes, acueductos y otras obras de utilidad.

Muestra su venerable faz bajo las bóvedas de la maravillosa Iglesia pontificia, en este nuestro siglo, el hijo de Sinigaglia, el dulcísimo Pío IX, que se hizo notable, entre otras cosas, por la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen; por su gran celo en favorecer á los católicos de Irlanda, Polonia y Turquía, y por la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano, en el que se promulgó la infalibilidad pontificia y se condenaron los errores modernos.

Hemos llegado á nuestro Santísimo Padre León XIII, actual Papa reinante, y de él nos ocuparemos en la parte destinada á la descripción de su fiesta jubilar.

Si al recuerdo de tan santos varones queréis añadir los que evocan los monumentos de la antigua Roma, allí los tenéis también (como nosotros tenemos el alcázar de la Alhambra), para atestiguar el triunfo de la civilización cristiana sobre la pagana. Recuerdos son, sí, de una grandeza que pasó, que se sostuvo más por la fuerza de las armas que por el influjo de la verdad y de la virtud, que subyugó al mundo vertiendo arroyos de sangre, que tuvo por norma de su vida los goces de la materia, esclavizó á la mujer, desconoció la pureza y santidad del matrimonio; deificó á sus sabios, levantó un panteón á los dioses, y proclamó el amor á la patria; y, cuando menos lo esperaba, se halló sin dioses, sin patria y sin sabios.

Preguntad, si queréis, al sepulcro de Adriano, que se levanta sobre la ciudad coronado por los blasones de la guerra; acercaos á la pirámide de Sextio, que todavía provoca las miradas de los viandantes; dirigíos por la sublime Vía-Appia que exhala aún vapores de muerte; contemplad, por último, en la calle del Pontífice el palacio Córea, en donde se halla un monumento famoso, el mausoleo de Augusto; y en todas esas preseas y ruinas no encontraréis más que el eco del olvido, viuda y desolada la señora de las metrópolis occidentales, y reinando sobre los antiguos arcos y templos paganos el poder espiritual con todas sus magnificencias, el poder de los Papas, que lleva por armas la Cruz y el Evangelio, emblemas de la



humildad y de la caridad que les dió el Salvador cuando moría por la humanidad en el Calvario, y de quien se han recibido los gérmenes de la civilización y de la verdadera filosofía.

La memoria de tan venerandas personas y de las derruidas grandezas paganas, nos lleva á la contemplación de un combate sangriento que todavía dura.

II

La sangre del Príncipe de los Apóstoles parece que llamaba la de alguno de sus sucesores en el pontificado. Como la cátedra romana debía ceñir la roja púrpura que vistió su fundador, muchos Papas entregaron su cuello al acero de los verdugos, manifestando con esto que su poder no se extingue con la muerte. Nerón había transmitido su crueldad y su inquina contra la Iglesia á todos los emperadores que le sucedieron hasta Diocleciano. La historia de esos tres siglos es la gran epopeya del Cristianismo, cantada con tanta sublimidad y entusiasmo por Chateaubriand, en los Mártires, y por Wisseman en su Fabiola.

Con la paz de Constantino descansó el Pontificado de una lucha de trescientos años, que podemos llamar la época del heroísmo, y con la edificación de infinitos templos, la celebración pública del culto católico y la predicación de los sabios obispos de aquel tiempo, abrió su pecho á la esperanza; pero Jesucristo, que había anunciado á los Apóstoles los continuos combates que experimentaría la Autoridad espiritual, permitió que, antes de trascurrir dos siglos de la pacificación universal, los bárbaros del Norte vinieran á turbar

el reposo de la Santa Sede. En el plazo de seiscientos diez y nueve años, jamás la presencia de enemigos extraños había violado el solio del imperio de Roma. Alarico sitió la ciudad eterna al frente de cien mil combatientes, y, después de haberle hecho sufrir el hambre y la peste, se apoderó de ella, entregándola al furor de sus soldados, á los mil ciento sesenta y tres años de su fundación.

Una nueva persecución contra el Pontificado se levanta por parte de los mismos católicos.

Estamos en el gobierno espiritual y temporal del mártir Bonifacio VIII. Había ya siglo y medio que los romanos pretendían sacudir el honroso yugo de la Santa Sede, y se habían constituido en foco de todas las revoluciones y en centro de la anarquía. Las pretensiones y el indomable orgullo de los Colonnas, unido á las arbitrariedades y despótica conducta de Felipe el Hermoso, contra el Papa y el clero adicto á su sagrada persona, dieron por resultado que, en 7 de Septiembre de 1303, Guillermo de Nogaret y Sciarra Colonna entrasen en Agnani al frente de soldados franceses y gibelinos en busca de Bonifacio, gritando: «¡Muera el Papa, y viva el rey de Francia!»

Corrieron los años y los siglos, aunque no siempre con igual suerte para el Vicario de Jesucristo, que experimentó las violencias de los partidos que se llamaban Católicos y las exigencias de las potestades seculares, ambiciosas de mando y mal avenidas con la Autoridad espiritual. Esto nos recuerda el gran atentado de Napoleón Bonaparte, en 1809, despojando á Pío VII de los Estados Pontificios y llevándole cautivo á la Cartuja de Florencia. ¿Y quién no recuerda con profunda tristeza la conjuración fraguada hace pocos años, entre algunas naciones de nuestro continente, para arrancar de manos del inmortal Pío IX, á nombre de la unidad italiana, el cetro del poder temporal que han llevado los Papas por espacio de catorce siglos?

Á la persecución de la fuerza armada se siguió ó acompañó la del error, no menos cruel é insidiosa que la primera, y con

la que lucharon denodadamente todos los romanos Pontífices.

Si hay algún dogma histórico es sin duda que el error es perseguidor, implacable, atroz, y eso siempre, desde que le es posible y hasta el grado á que alcanza. El error es Antío-co; la verdad son los Macabeos. ¿Quién persiguió á los Papas en tiempo de los emperadores de Oriente? ¿No eran los arrianos, los donatistas y los iconoclastas? Todo el mundo sabe con cuánto furor y con qué perseverancia se lanzaron á las persecuciones los herejes.

Perseguidor fué Juliano, abjurando de la Religión cristiana y profesando el paganismo, con su delirante propósito de reedificar el templo de Jerusalén, con su despótico edicto prohibiendo el estudio de las letras, para que la ignorancia condujera más fácilmente á la juventud á la superstición y á la idolatría, y, por último, con sus escritos contra la fe católica, en los que desfigura la doctrina de Moisés, á fin de que aparezca menos sabia que la de Platón; hace contra el Antiguo Testamento las mismas objeciones que los marcionitas y los maniqueos, y deprimiendo á los escritores hebreos se esfuerza inútilmente en conciliar el judaísmo con el paganismo. Los incrédulos modernos, recogiendo con afán los escritos de Juliano, para presentarlo como un héroe y un sabio, en vez de hacer su panegírico y de justificarle ante la historia, no hacen más que confirmar las acusaciones de los Padres de la Iglesia, que lo consideran como uno de los mayores sofistas é impostores del siglo IV.

Perseguidor fué también el filósofo Guillermo Occam, que nació en Inglaterra en el siglo XIII, condado de Surrey, y vistió el hábito de la orden de San Francisco. Condenado y rechazado por su orden, como partidario de las teorías de Miguel de Cesena, sobre la pobreza voluntaria, enemigo acérrimo de la potestad pontificia y apologista decidido y exagerado de la potestad real, anatematizado por la Iglesia y rechazado, ó al menos mirado con aversión, por las Universidades, el escritor franciscano buscó la protección de Felipe el Hermoso y

de Luis de Baviera, poniendo su pluma á disposición de los monarcas que se distinguieron por sus querellas contra la Santa Sede, á condición de que lo defendieran del poder eclesiástico. *Tu me defendas gladio, ego te defendam cálamo*, dijo á Luis de Baviera el osado discípulo de Escoto. Así vemos que después de alegar á su manera las leyes promulgadas por Justiniano acerca del Papa, de los clérigos y de las cosas eclesiásticas, Occam concluye indicando que no sin razón aquel emperador se juzgó superior al Papa y á los eclesiásticos: *Igitur leges condendo privatas et alias multas de clericis et rebus eorum, ac eis libertatem, et immunitates, et privilegia indulgendo, indicavit aperte quod se superiorem Papa et clericis reputavit.* (De potest. sumr. Pont., cuest. 1.^a, cap. 12).

Perseguidor fué, y tal vez el más encarnizado, Lutero. Enardecido el espíritu de este gran heresiarca con la cuestión de las indulgencias, sus primeros tiros fueron contra la Santa Sede romana; y, para gozar de más libertad en la lucha, contrajo matrimonio sacrílego, rompiendo con tanta osadía como impiedad los vínculos que tiene impuestos la Iglesia á los religiosos de uno y otro sexo. Una vez enarbolada la bandera de rebelión, conculcados los preceptos eclesiásticos y despreciada públicamente la potestad espiritual, se sirvió de las raras dotes de su ingenio y de su fascinadora elocuencia para hacer la guerra al principio católico, en el que se halla basada la Autoridad pontificia, pasando de la práctica ó de la desobediencia á la teoría, para borrar, si pudiera, la idea de la jerarquía divina establecida por Jesucristo. Admitiendo ó señalando el libre examen como única regla de creencia, quiso sobreponer la razón á la fe, quedando desechado por consecuencia el principio de autoridad. Apartado voluntariamente de la comunión de la Iglesia, no se contentó con estar solo en el trono de anarquía que él había formado, sino que quiso tener un ejército numeroso que defendiera sus errores, y, como el ángel rebelde, llevó tras sí decididos prosélitos, que



con sus prácticas religiosas y sus escritos se declararon adversarios de la cátedra romana.

Apenas se dió á conocer esta doctrina, un rey sensual y ambicioso se hizo jefe espiritual de sus estados, profanó la autoridad y la investidura que fué conferida á San Pedro y á sus sucesores, atribuyéndose las facultades que conciernen á la dirección de las almas, como es el régimen sacerdotal, el orden del culto divino y la administración de los Sacramentos; y aunque otros monarcas no se atrevieron á poner la tiara sobre su frente, como lo hizo Enrique VIII, consintieron que la falanje luterana penetrase en sus dominios, estableciera esas salas de reunión que llama templos, crease escuelas públicas y difundiera á todo viento su venenosa doctrina. De esas escuelas nació el racionalismo moderno, que ha engendrado á su vez el idealismo, el materialismo, el positivismo y el naturalismo.

Perseguidor fué también Voltaire, el hombre más funesto del siglo XVIII. Sabida es de todos la frase sacramental—si puedo decirlo así—del jefe de los incrédulos franceses: *aplattad al infame*, esto es, aplastad el Catolicismo; y el que deseaba aplastar á Cristo, con más razón lo haría con su Vicario en la tierra, el Papa.

Sí, señores, éste era el grito de guerra de aquellos pretendidos filósofos, y esta horrible blasfemia fué como la consigna, el *delenda Carthago* que les proponía é inculcaba sin cesar el que llegó á ser su caudillo, no tanto por su edad, por su talento literario y por su fama, cuanto por su odio perseverante y profundamente satánico á Jesucristo y á todo cuanto tenía algún sabor cristiano. Este odio profundo contra el Catolicismo, que respiran los escritos del filósofo de Ferney, y también su correspondencia particular, no descendió con él al sepulcro; que la revolución anti-social y anti-religiosa, iniciada por él y por sus sucesores, desarrollada y organizada en sociedades secretas y públicas, es su heredera legítima, y, como tal, esfuérase en conservar y au-

mentar ese odio satánico, no ya sólo contra Jesucristo y el Papa, sino contra el mismo Dios.

Señores, por uno y otro medio base pretendido menoscabar la grandeza del poder espiritual; pero los que intentaron convertir el Vaticano en un nuevo Pretorio, donde Jesucristo fuese maltratado y combatida su doctrina, no han hecho más que contribuir á la grandeza de la Silla Apostólica; porque, libre, amparada ó perseguida, todos le dan vida, poder y gloria. Estos triunfos manifiestan que el romano Pontífice lleva en sí las condiciones del poder que ejerce, que es el verdadero Paládium, el custodio conservador hasta de la libertad del pensamiento, porque evita la locura; y á la sombra de ese poder y de la doctrina católica, avanza la sociedad en los caminos regulares de la ciencia y de la civilización, de la fuerza y de la verdadera prosperidad.

De la tumba de los tiranos debe salir aquel grito de triunfo arrancado á la convicción: «¡Venciste, Galileo!...»; el cual levanta sobre el solio Pontificio la triple aureola de la verdad evangélica, de la ciencia haciendo honor á la fe, y del Jubileo sacerdotal.

III

En la persona de León XIII veo encarnadas tres revelaciones; la de la promesa divina que asegura su poder y su inamovilidad, la del progreso según el Evangelio, y la del aniversario de su ordenación sacerdotal, anuncio de futuro bienestar para el Catolicismo.

El éxito providencial del Pontificado estriba en las palabras de Jesucristo, que, como veis, han tenido un fiel cumplimiento: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.* Y en otra ocasión le dice: *Yo rogaré por ti*

para que no falte tu fe, y tú confirma á tus hermanos.
¿Y cómo los confirma? Con la autoridad y con la fe. En efecto, esa autoridad del Papado, antigua, pura, santa, ceñida su frente con la gloria de los mártires y del genio, ha continuado hasta nuestros días con calma y majestad su marcha en medio de las oscilaciones y las borrascas. El Pontífice tiene en esa autoridad las tradiciones sagradas del Evangelio y de la historia, que han marcado con el sello de la institución divina su origen y su duración. Por último, él habla á los ojos, á la conciencia, al buen sentido, al corazón, á la experiencia; habla el lenguaje de los hechos y de las verdades definidas, que hallan siempre en las almas sinceras, con el auxilio divino, un asentimiento generoso y apacible; y desde este instante el hombre de fe habita en medio de una grande luz, lejos de la duda, de las indagaciones y las ansiedades que ofrece la incredulidad. Ya veis como el carácter de Vicario de Jesucristo, es una revelación de la grandeza del poder espiritual.

Dice un escritor católico: «Que todo acto de filantropía al que nos consagramos, todo sistema que imaginemos en interés de la humanidad, y todo descubrimiento de las fuerzas de la naturaleza para provecho y comodidad del hombre, no son sino la idea cristiana, vuelta, cambiada de nombre y desfigurada muchas veces. Pues ese movimiento que se ve en el impulso dado á la astronomía, y en los adelantos obtenidos con el vapor y la electricidad, contribuye á demostrar la grandeza del poder espiritual; porque, señores, sin el Verbo hecho carne, todas las verdades permanecerían oscuras». Y ésta es la segunda revelación.

Cuando por esa secreta virtud que tiene en sí la electricidad, llegan á oídos del Pontífice en breves momentos los ecos más lejanos de la tierra, comunicándole sucesos prósperos ó adversos, implorando su paternal bendición, ó saludándole en su cautiverio, el telégrafo ha servido á un acto de respeto, de amor y reconocimiento á la potestad espiritual. Cuando la locomotora, burlándose de las distancias, oprimiendo la tierra

con sus alas de hierro y exhalando bocanadas de humo, lleva en sus hombros la gente más florida de la tierra en busca de la Ciudad eterna, el estridente sonido del silbato proclama en alta voz que allí van los hijos de la fe á besar los pies del padre común, contribuyendo así esta invención á reconocer su poder y soberanía.

Hemos llegado al quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal; cuyo suceso ha conmovido al mundo. De las naciones europeas, de los Estados de América, de Turquía, de la China, Arabia y Persia, ha recibido nuestro Santísimo Padre calurosas felicitaciones y espléndidos obsequios para la Exposición vaticana, que revelan el amor y la adhesión que así los gobiernos como los pueblos de la Cristiandad profesan al Jefe de la Iglesia. Porque no hay soberano como este soberano, ni hay poder como su poder.

Justísimo es este tributo, si se atiende, no sólo á su carácter sagrado y elevada posición social, la primera entre todas, sino á sus relevantes dotes científicas y al magisterio que hace nueve años viene desempeñando, desde esa cátedra donde se halla depositado el Código del Nuevo Testamento, y con el cual resuelve tanto las cuestiones religiosas y filosóficas, como las políticas ó de derecho público general, con asentimiento y admiración de los primeros diplomáticos de Europa.

Si atendemos á sus dotes personales, León XIII ha consagrado toda su vida á meditar diariamente en los salmos y en los profetas, y en cantar con la Iglesia los himnos á los misterios divinos y al heroísmo de los santos, en las solemnidades de alegría y en las de tristeza.

León XIII ha sido dotado por Dios de una inteligencia privilegiada, de una imaginación viva y creadora, de fe ardiente y celo santo.

Nació poeta, porque poeta apareció en sus primeros años, poeta fué en su juventud y virilidad, y poeta es aún en su ancianidad, con el estro y la inspiración de los grandes modelos cristianos, cuyas poesías hizo suyas la Iglesia inscribién-

dolas en sus oficios y misas y en sus ceremoniales litúrgicos.

Algunos amadores de la poesía latina, predilecta del actual Pontífice, habían leído con verdadera fruición los pocos cantos debidos á su pluma, publicados en hojas y revistas católicas. Brilla en ellos la sobria y potente inspiración de los poetas cristianos de la Edad Media, y, al par, la forma nítida, la gallardía de expresión, la riqueza de lenguaje y la armonía del verso que admiran los conocedores de la lengua latina en Virgilio, Horacio y Ovidio. Las obras grandiosas de estos inspirados vates le son de fijo tan familiares á León XIII como los dulces epigramas de Tibulo y Cátulo y las severas composiciones de Juvenal; así como deben haber sido objeto de su estudio los himnos bellísimos, sobre toda ponderación, que escribieron San Ambrosio, Prudencio, Fortunato y Rabano Mauro.

Considerado como Pastor de los pastores, oráculo de la fe y maestro por excelencia, no podemos menos de admirar las veintiuna Encíclicas con que ha ilustrado á la Cristiandad en los años que lleva de pontificado. Trata en dichos importantísimos documentos, entre otras cosas, de la necesidad de la Iglesia, su autoridad, y bienes que produce; del socialismo; de la restauración de la filosofía cristiana, según los principios de Santo Tomás; de la institución divina y necesidad del matrimonio cristiano; de las obras de la propagación de la fe; de la obediencia á los poderes constituídos; del divorcio, y sobre el estado de la Iglesia; de la paz y concordia entre los Estados; del santo Rosario; de la deplorable situación de la Iglesia en Francia; de la constitución cristiana de la sociedad civil; y de la celebración del último concordato, á los obispos de Portugal.

En medio de una sociedad que parece se derrumba, agitada por el huracán de las revoluciones que precipita al hombre á una nueva y terrible idolatría, la idolatría de sí mismo, desecha el apoyo de la religión, trastorna el origen y las bases del derecho, proscribte el prestigio de la autoridad real,

pervierte el sentido moral de la juventud, engolfándola en el más repugnante y asqueroso naturalismo; cuando todo esto sucede, y por la lógica de la historia debiéramos volver al paganismo y á la barbarie, por la lógica de la Providencia se conserva la vida del Pontífice reinante hasta cumplir los cincuenta años de su ordenación, para que los monarcas acudan á él en busca de soluciones justas y pacíficas, como España y Alemania en la cuestión de las Carolinas, para que las universidades y las academias, los teólogos y jurisconsultos, los diplomáticos y publicistas, se inspiren en tan sabio maestro, y con su superior enseñanza salven á la sociedad de la mortal dolencia que la aqueja. Porque, como ha dicho un ilustrado escritor catalán: «Allí, en Roma, en la Silla apostólica es donde se conserva el tesoro intacto de las leyes civiles, la tradición de las instituciones sociales y el hábito y la posesión de las costumbres políticas. Allí tienen su asiento, y ponen su cátedra, y ungen á los reyes, y enfrenan la barbarie, y contienen con mano fuerte las demasías de los que mandan y la arrogancia de los que obedecen, los que son sucesores de San Pedro y San Pablo, *mundi rectores, arbitrique gentium.*»

IV

En medio de las dudas, de los temores y ansiedades que el estado moral del mundo ofrece, ¿qué nos queda, señores? Nos queda lo que no puede destruir ni el tiempo, ni la desgracia: nos queda la esperanza.

¿Qué sería del mundo sin el Pontificado?

¿Ha habido algún pueblo más poderoso, ni que extienda más sus dominios que el pueblo romano? Él dejó sentir el influjo de su autoridad y de su cultura en las tres partes del globo entonces conocidas; sus águilas se pasearon triunfantes por el Oriente y el Occidente; ató á su carro de triunfo reyes,

nobles y plebeyos; á todas partes llevó su lengua, sus leyes y su culto; y las naciones más remotas enviaban á Roma las telas de lana, seda y tisú, el oro y la plata ricamente labrados, los perfumes y las piedras preciosas, como se hizo antes al rey Salomón. Á pesar de ese poderío y opulencia, apenas se presenta San Pedro en la capital de los Césares, apenas se establece el Pontificado, aquel imperio, que contaba más de siete siglos de existencia, comienza á vacilar, siendo su antagonista un humilde sacerdote, que se llama el Vicario del Hombre Dios, sin otras armas que su predicación y una cruz; y, después de tres siglos de lucha, en que los emperadores agotaron los recursos de su poder y el furor de sus prefectos, el paganismo quedó ahogado entre los brazos del Catolicismo.

Estaba reservado este triunfo al Poder espiritual, cuya gloria vaticinaron los Profetas, por el que suspiraron muchos justos de la ley antigua, y delineó en sus brillantes poemas Virgilio. Gloria es de esa Autoridad de los Papas, poseer el privilegio de la inamovilidad y enlazar el mundo antiguo con el moderno, cosa que no podía realizar ninguna autoridad humana. He aquí lo que formó la esperanza de los primeros cristianos y forma también la nuestra.

La Iglesia universal, destinada á sufrir todas las vicisitudes de los tiempos, necesitaba una fuerza que mantuviese en ella la triple unidad de vida, de inteligencia y de amor que había recibido de su fundador divino; y por eso se concedió á los Papas primero el poder espiritual y después el poder temporal. El romano Pontífice es el único soberano que no ha conquistado ni construído la Ciudad en que vive, ni el palacio en que se alberga su augusta persona; allí está por una sucesión legítima, establecida y sellada con la sangre de Cristo, la cual ha de durar hasta la consumación de los tiempos, aunque se opongan á ello todos los poderes de la tierra, pues el Papa es para Roma la vida íntima y perseverante, como la sangre en el cuerpo. El sucesor de San Pedro vive, y vive con poder inamovible, y alza entre los hombres su frente cargada con una triple co-

rona y con el peso sagrado de diecinueve siglos. Las naciones envían embajadores á su Corte, él envía sus ministros á toda criatura y hasta á lugares que todavía carecen de nombre. Y cuando levanta su mano para bendecir al mundo, lo hace desde el centro por donde han pasado todos los pueblos, á donde han acudido todas las glorias, hacia donde han peregrinado, al menos desde lejos, todas las inteligencias cultivadas, y en donde se venera la tumba de los Mártires y de los Apóstoles, y se congregan todos los soberanos.

El segundo motivo de esperanza que ofrece la Potestad espiritual del romano Pontífice, consiste en que, así como ese poder fué el lazo de unión entre el mundo antiguo y el moderno, así unirá en su día á los pueblos con el Catolicismo y á la humanidad entera con Jesucristo, cuando el Ángel anuncie que se hallan abiertas las puertas de la eternidad.

Si consultamos sobre este punto á los libre-pensadores, considerarán como una utopía esta unión de los pueblos con la cátedra romana, debida al magisterio y autoridad de los Papas. Pero, señores, no es un sueño mío, ni es vana mi esperanza; me apoyo en la verdad revelada y en los efectos del ministerio apostólico ejercido por la cabeza visible de la Iglesia hace cerca de dos mil años. Se me dirá que el progreso aparta de la Religión, que la fe se apaga en ciertos países, que la razón se ha emancipado y vive bien en su albedrío, y que coadyuvan á estas defecciones la filosofía, la literatura y las artes. Se añadirá que hay millones de infieles, de mahometanos, protestantes y otras sectas; pero cuanto mayores sean los obstáculos, mayor será el triunfo del Pontificado, porque Dios está detrás de los hombres. La Potestad espiritual venció á Arrio, á Mahoma y á Lutero, y por estas victorias le corresponden coronas que llevará siempre sobre su frente.

Pues así como el Vicario de Jesucristo subyugó á esos tres caudillos del error, así subyugará á todas las naciones que se hallan apartadas de la fe, y lucirá el día esplendente de la paz y fraternidad universal, que hoy no vemos más que en es-

peranza. Los gobiernos se trasformarán, el mal moral retrocederá, la rehabilitación general anunciará el fin de los siglos de muerte y de opresión nacidos de preocupaciones antiguas. ¿Cuándo llegará ese día deseado? Nadie lo puede decir, porque no es posible calcular la resistencia de las pasiones y de los espíritus que se disputan el régimen y la gobernación del mundo: el espíritu de dominación y el espíritu de licéncia. Mucho odian al Papa, y desearían aliarse contra él; pero se aborrecen mucho el uno al otro para que les sirva de vinculo su encono. ¡Oh justicia de Dios! ¡Paso á la Potestad espiritual! En un oasis de la Arabia paze un cordero, se siente el rugido del león, aparece el rey del desierto, va á precipitarse sobre el animal sin defensa; mas he aquí que de la otra extremidad del desierto se lanza otro león acosado por el hambre, se contemplan, se preparan, se destrozan, mientras el cordero sano y salvo paze tranquilamente al lado de su furia. Los leones son el mundo, el cordero es el Papa.

Así como Jesucristo fué el principio del Cristianismo, también ha de ser su término. Comenzó pobre, humilde y dando su vida por el hombre, *rex pacificus*; pero en la consumación aparecerá sobre un solio excelso, rodeado de sus Apóstoles, como testigos y jueces para juzgar á todos los nacidos. Ninguno podrá eximirse de este juicio, al cual seremos llamados solemnemente. ¿Quién tendrá el derecho de presentarnos ante ese tribunal? ¿Nos presentará Júpiter? ¿Nos presentará Budha? ¿Nos presentará Mahoma? ¿Nos presentará Lutero ó Rousseau? ¡Fuegos fatuos que se eclipsaron á la presencia del sol del Catolicismo; si pudieran, ellos huirían de la vista del supremo Juez para no oír su terrible fallo! Nos presentarán, sí, los romanos Pontífices, que fueron nuestros padres y pastores, y á quienes encomendó el Salvador el régimen de la Iglesia. Siendo su deseo salvar las ovejas que les fueron encomendadas, é inflamándose su corazón con el calor que les ha comunicado el Espíritu Santo, al llegar la hora de entrar en el celestial arprisco, ellos se presentarán para abogar

por nuestra causa, y decir al benignísimo Jesús: «Señor, éstos son los que tú rociaste con tu sangre en la recepción de los Sacramentos, los que conservaron la fe, los que mortificaron su carne y todas las concupiscencias, los pacíficos, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que tuvieron hambre y sed de justicia, los que murieron en tu amor....» Y el Salvador, en vista de la intercesión de tan santos abogados, y movido de clemencia, exclamará: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado.*

Señores, al examinar, tan ligera é imperfectamente, la grandeza del Poder espiritual de los Papas, vemos destruído el jansenismo, propendiendo á su ruina el protestantismo, el cisma griego en Oriente bajo el yugo de los rusos y de los turcos, el mahometismo gravemente enfermo y sin esperanzas; en suma, vemos donde quiera el error gastado, lánguido ó marchito; mientras que la potestad espiritual, siempre la misma y asistida por Dios, permanece estable sobre los escombros de lo pasado. Ella conserva de la era del martirio el valor pasivo contra la persecución; de la era del Bajo Imperio la ciencia de las situaciones dudosas; de la era de Carlo Magno el recuerdo de una soberanía que hace poco se le ha usurpado; de la era de Gregorio VII la inteligencia de los grandes pensamientos políticos; de la era del Renacimiento clásico un conocimiento más profundo de sí misma y de los demás, y de la era presente una invencible esperanza en Dios. Si no veis todavía á las claras su actual triunfo, consiste en que nunca es visible en un momento el triunfo de la Iglesia y de su supremo Pastor. No fijándose más que en un punto en la extensión de los siglos, parece próxima á perecer la barca de San Pedro, y los fieles se hallan siempre prontos á exclamar: *Señor, sálvanos, que perecemos.* Pero, fijándose en toda la serie de las edades, aparece el Pontificado en todo su vigor y lozanía, y se comprende aquella frase de Jesucristo durante la borrasca: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*

Señores, enviemos nuestros más cordiales y afectuosos plá-

cemes á nuestro Santísimo Padre León XIII por sus *Bodas de Oro*. Pidamos al Señor prolongue su preciosa vida para bien de la Iglesia, le asista con sus divinos auxilios, puesto que lo ha formado según su corazón, le fortalezca en las tribulaciones que le esperan y lo libre de sus enemigos. Digámosle, como Dios al rey David: *Tu pasces populum meum Israel, et tu eris dux super Israel.*

También merecen nuestras simpatías y enhorabuena este Círculo literario, la Junta organizadora, y singularmente nuestro sabio y virtuoso Señor Arzobispo, que se digna de presidir esta velada, dando así relevantes pruebas de su celo por el triunfo de la Iglesia católica, de su amor y adhesión al Vicario de Jesucristo, de quien hace poco ha recibido singulares testimonios de consideración y aprecio. Que los sentimientos de tan escogida reunión lleguen al Palacio Vaticano, y que nuestro dignísimo Prelado granatense fortifique estos sentimientos con su bendición apostólica.

HE DICHO.

LAS BODAS DE ORO

POESÍA

LEÍDA EN EL LICEO DE GRANADA EN LA VELADA LITERARIA QUE,
EN CONMEMORACIÓN DEL 50º ANIVERSARIO
DE LA ORDENACIÓN SACERDOTAL DE S. S. LEÓN XIII, CELEBRÓ
EL CÍRCULO DE LA ORATORIA, LA NOCHE DEL
31 DE DICIEMBRE DE 1887

Quisiera en el idioma de los ángeles
Cantar la fe que el corazón inflama;
Quisiera de los vates soberanos
Pulsar brioso las divinas arpas.
¡Oh si la magna inspiración del Cielo
Concediese á mi espíritu las alas,
Yo un cántico sonoro, nunca oído,
Elevaría en nombre de Granada!

Pueblos, venid, cantemos la victoria
Del León de Judá, batamos palmas,
Ceñid de lauro la virgínea frente
Que ceñirán diademas venerandas.
Su triunfo es de la Iglesia bello triunfo,
Su gloria es la de Pedro sacrosanta,
La paz sonrío desde el almo Tíber,
La fe descende á suavizar las almas.

En el remoto Oriente las naciones,
De las tinieblas en el antro esclavas,
El influjo amoroso del Pontífice
Sienten arder con luminosa llama.
Perlas envía la opulenta Goa,
Oro y perfumes la feliz Arabia;
Y hasta el frío Confucio se conmueve,
Y se despierta la mansión de Brahma.

Pura flor del Atlántico sombrío,
Mecida por los mares, se levanta
América, la Virgen del Océano,
Tierra del porvenir, dulce esperanza.
Y América al Pontífice saluda,
Y ricos dones con placer le manda,
Y los Andes en gozo se estremecen,
Y retumban sus cóncavas entrañas.

Europa, madre del saber altiva,
De la verdad y de la fe morada,
La que ha sabido en sempiterno lazo
Unir la fe y la ciencia inmaculadas;
Europa, madre de los grandes pueblos
Que al frente van de la cultura humana,
Se regocija al percibir los rayos
Que salen hoy de la infalible Cátedra.

La próspera Albión, la inmensa Rusia,
La armipotente bélica Alemania,
La capital de los Hapsburgos fuerte,
La generosa, culta y bella Francia,
Se miran, se recobran, y á porfía
Corren á las ciudades italianas,
Y en ese Trono pontificio esculpen
Signos de amor y de unidad sagrada.

Oh Trono, maravilla de los Cielos,
Sol de la tierra en inmortal mañana,
Único faro al triste navegante,
Única vía en el desierto clara;
Por ti los ríos de salud fecundan
Secos verjeles de la ciencia falsa,
Por ti lluvia de bienes sobre el mundo
La Providencia sin cesar derrama.

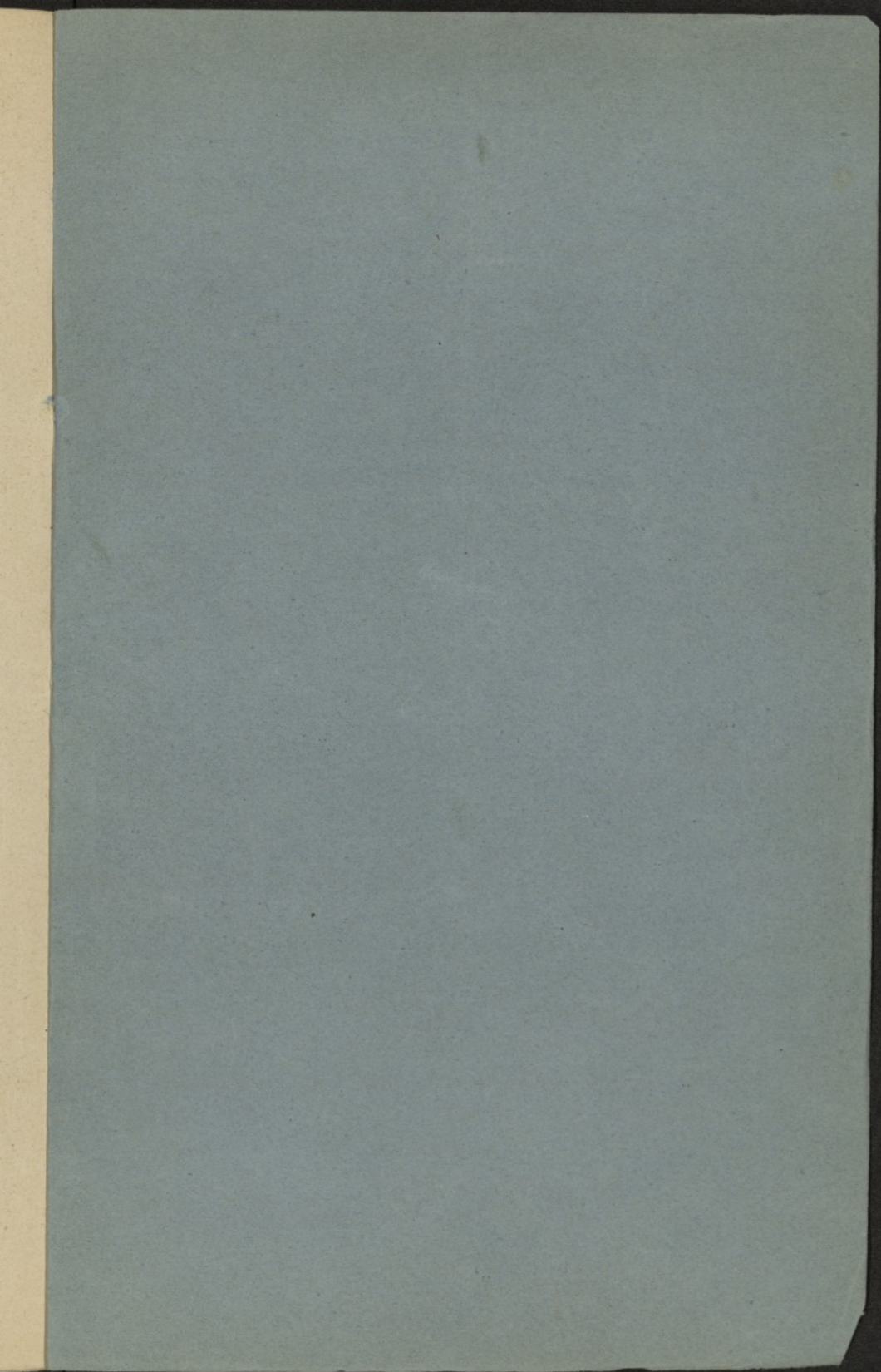
En ti los Pedros y Gregorios santos,
Leones é Inocencios se sentaban
Cuando rodaron por la vieja Europa
Olas de sangre y de barbarie insana.
Y tú diste la luz y la victoria,
Y tú la libertad nos conquistabas
Cual la conquistas hora, inquebrantable
En medio de las ruinas solitarias.

¡Oh hermosura sin par! Ved al augusto
Sucesor de San Pedro, en cuya falda
El orbe se reclina: tiene de ángel
La pureza, del viejo la constancia,
La fe de un santo, la bondad de un mártir,
De un doctor la científica palabra,
La faz resplandeciente de alegría,
La mano en alto á bendecir parada.

Anciano, por la fe de caballeros,
Por el honor y gloria de la patria,
No nos apartaremos de tu lado,
Seremos fieles á tu enseña santa.
¿Prometes navegar, oh patria mía,
En la nave de Pedro, á la vanguardia?
Timbre es de gloria, salvación segura;
Promételo también, bella Granada.

Juramos hoy, en tan solemne día,
Al pie de las colinas de la Alhambra
Que conservan señales indelebles,
Tintas en sangre, de la lid cristiana,
Ser soldados de Dios, como lo fueron
Bravos guerreros en la edad pasada.
¡Por la heredada fe sufrir martirio
Supo, sabe y sabrá siempre la España!

José Taronji, Presb.



OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA SACRISTÍA
DE LA IGLESIA DEL SACRO-MONTE

EL SACRO-MONTE DE GRANADA, estudio histórico y biográfico, dedicado á S. A. R. la Srma. Sra. Infanta D.^a Isabel de Borbón, por *D. José de Ramos López*. Madrid, 1883. Precio: 2 PESETAS.

EL SACRO-MONTE, pequeño poema descriptivo, por *Don José Taronjì*, Canónigo de esta Insigne Colegiata. Palma de Mallorca, 1887.—Segunda edición.—1 PESETA.